

Josef Opatrný*

La Cuba de Fidel Castro. A propósito de unos libros recientes en alemán

No hay ninguna duda de que Fidel Castro forma parte de esos políticos que atraen una atención extraordinaria no solamente de los especialistas; cada año aparece una enorme cantidad de estudios sobre él y sobre “su” Cuba. El año 2006 fue en este sentido excepcionalmente fructífero por una razón simple: la fecha de nacimiento de este político cubano y las circunstancias de la celebración de su cumpleaños. El 13 de agosto de 2006 alcanzó el jefe del Estado cubano la edad de ochenta años. La celebración oficial del día de su nacimiento fue, no obstante, trasladada por su enfermedad al 2 de diciembre, cuando Cuba celebró el quincuagésimo aniversario del desembarco de los barbudos de Castro en la parte oriental de la isla.

Este traslado de la celebración causado por el estado de su salud, tan serio que el régimen anunció el problema oficialmente, tuvo sin embargo un sentido profundo. Entrando el 2 de diciembre de 1956 a suelo cubano después de su exilio en México, Fidel Castro dio el primer paso en el camino que lo llevó a La Habana el 8 de enero de 1959. En unos meses llegó a ser el hombre más poderoso en Cuba, y pronto alcanzó la posición de jefe supremo de la isla. Casi medio siglo gobierna el Estado no ocultando la ambición de presentarse como el portavoz no solamente de Cuba sino de toda América Latina y en un tiempo también del llamado “tercer mundo”.

Castro se identifica y es identificado con los cambios de Cuba después de 1959 y es, tomando en cuenta su posición extraordinaria en la formación de la política interior e internacional del país, la persona más responsable de la forma actual de Cuba, quizás en todas las esferas de la vida de la sociedad, y hasta de los individuos. A pesar de que los autores de los libros y artículos que al menos tienen interés en analizar en serio las realidades socioeconómicas y políticas de Cuba de los últimos cincuenta años difieren en muchos juicios sobre el país y sobre Castro, todos están de acuerdo en una conclusión: la Cuba de Castro rompió radicalmente sus anteriores lazos económicos y políticos, convirtiéndose de uno de

* *Josef Opatrný es catedrático de Historia especializado en la historia de América en la Universidad Carolina de Praga, Director del Centro de Estudios Ibero-Americanos en esta Universidad y director del anuario Ibero-Americana Pragensia. Coordinador del grupo de AHILA “La historia del Caribe hispanohablante”. Sus campos de trabajo son la historia de América del siglo XIX y XX, sobre todo la historia del Caribe y las relaciones entre el mundo hispano y la Europa Central. Autor y editor de diferentes libros, p. ej. US Expansionism and Cuban Annexationism in the 1850s (1990) o Nación y cultura nacional en el Caribe hispano (2006, ed.).*

los países americanos más atados a los Estados Unidos en su crítico más feroz. Esta opinión la comparten prácticamente todos los autores de los libros publicados recientemente en alemán. José de Villa y Jürgen Neubauer, en el libro *Máximo líder. Fidel Castro, eine Biographie*, o Waltraud Hagen y Peter Jacobs en *Fidel Castro. Eine Chronik* dedican mucha atención precisamente al cambio de las relaciones entre los EE.UU. y Cuba, subrayando en este contexto la gran importancia de los primeros meses después de la caída del régimen de Batista y la postura crítica y pronto poco amistosa del gobierno estadounidense hacia el nuevo régimen de Cuba. En este contexto hay que mencionar el libro de Michael Zeuske, *Insel der Extreme. Kuba im 20. Jahrhundert*. El autor, especialista renombrado en la historia de Cuba de los siglos XIX y XX, describe la política estadounidense de la Cuba castrista en el amplio contexto de las relaciones cubano-estadounidenses de todo el siglo XX, buscando las raíces de las tensiones actuales en la historia de la Enmienda Platt y en la política estadounidense de las intervenciones de las primeras décadas del siglo XX.

Surge, naturalmente, la pregunta de quién formula la política exterior de Cuba decidiendo de tal manera sobre las relaciones internacionales del país.¹ Diferentes autores analizan el amplio contexto de esta problemática clasificando diversos factores en el proceso de las discusiones sobre los casos concretos de la política internacional cubana en las instituciones responsables en Cuba, llegando, sin embargo, en su mayoría a la conclusión de que la palabra decisiva la tiene Fidel Castro.

En la investigación acerca de las preguntas sobre los procesos de toma de decisiones no influyen en ningún caso los hechos de la esfera de las relaciones internacionales cubanas, donde tuvieron siempre importancia especial las relaciones con el poderoso vecino del norte. Los lazos entre los EE.UU. y Cuba tienen sus raíces en la época colonial de ambos países, cuando los comerciantes de las colonias inglesas en América mantenían contactos ilegales en la colonia española caribeña, intentando hasta colonizar parte de la región oriental de la isla. A fines del siglo XVIII la mayoría de los barcos amarrados en los puertos de Cuba llevaba la bandera estadounidense y, a mediados del siglo XIX, surgió en Cuba el movimiento anexionista, con la meta de incorporar a Cuba en la Unión como uno más de los estados de la federación. Después de la primera guerra por la independencia en la isla, empezó el período de las masivas inversiones de empresarios estadounidenses en la industria azucarera cubana, y los resultados de la guerra entre España y los EE.UU. solamente confirmaron esta tendencia.

La incorporación de la Enmienda Platt en la Constitución cubana y el Tratado Permanente hicieron de la economía cubana una parte de la economía estadounidense, y la política de Buena Vecindad no cambió en este sentido nada. Al revés, los años siguientes significaron el fortalecimiento de los lazos en todos los niveles, y después de la Segunda Guerra Mundial la emergente industria turística de Cuba dependió vitalmente de los turistas de EE.UU. Cuba fue un paraíso para los “aventureros” norteamericanos, y sus casinos y prostíbulos, controlados por la mafia de los EE.UU., llegaron a ser objeto de la crítica de una parte de la sociedad cubana, que se opuso también el control de muchas

¹ A esta problemática dedicaron su atención muchos especialistas en la Cuba castrista. Un estudio sumamente interesante e inspirador lo escribió Damián J. Fernández: “Opening the Blackest of the Black Boxes: Theory and Practice of Decision Making on Cuba’s Foreign Policy”, en: *Cuban Studies* 22, University of Pittsburgh Press 1992, pp. 53-78 analizando el caso de la intervención cubana en Angola.

ramas de la economía cubana por parte de las empresas estadounidenses y su dependencia del mercado de ese país. Esta realidad la mencionó también Fidel Castro en su discurso “La Historia me absolverá”, y este hecho seguramente influyó en la imagen de Castro para una parte de los políticos y del público estadounidenses.

Por otro lado, Washington apoyó casi hasta el último momento al régimen de Batista, y estos dos factores marcaron sin duda las relaciones del nuevo régimen en La Habana con el gobierno de Washington, a pesar de que el Departamento de Estado respetó la nueva realidad reconociendo diplomáticamente al nuevo gobierno de Cuba. La política de reducción de los precios de los alquileres, de la electricidad y de las tarifas de los teléfonos en Cuba tocó directamente los intereses de las empresas estadounidenses que controlaban la producción de la electricidad del país y sus redes de comunicaciones, por no hablar del proyecto de reforma agraria que amenazaba los cañaverales y otros terrenos agrícolas en manos de los norteamericanos. Ya unas semanas después de la huida de Batista de La Habana, el Consejo de Seguridad en Washington discutió sobre la situación en Cuba, buscando el modo de instaurar en La Habana un nuevo gobierno, y algunos expertos en política internacional estadounidense recomendaron al presidente Eisenhower utilizar la amenaza de reducir las importaciones de azúcar cubano como argumento en las discusiones con los representantes de la Cuba post-Batista. En este contexto no tiene mucha importancia un fenómeno que aparece frecuentemente en la literatura sobre las relaciones entre Cuba y Estados Unidos en 1959, los juicios militares contra los miembros de la policía y el ejército de Batista, más conocidos por sus actividades contra los críticos del dictador.

Las sentencias de “paredón” (sobre el número de ejecutados en la fortaleza de La Cabaña existen siempre discusiones) fueron ampliamente comentadas por la prensa estadounidense. La política concreta de Washington no se formó, sin embargo, por esta prensa sino por la espiral de tensión creciente entre el gobierno cubano y el de los EE.UU. Ambas Administraciones cayeron en la trampa de contestar los pasos de la otra parte, y a mediados de abril de 1961 culminó la tensión con la invasión anticastrista en Playa Girón. A pesar de que la CIA participó en la organización y preparación de los invasores, el presidente Kennedy rechazó finalmente apoyar la invasión con las fuerzas aéreas estadounidenses, decidiendo de tal manera sobre el resultado de este intento de derrocar al régimen de La Habana, que durante los meses anteriores, a la espera de la confrontación próxima, buscaba el apoyo del adversario ideológico y político de los EE.UU. más fuerte en la escena mundial, la Unión Soviética, proclamando un día antes de la invasión el carácter socialista de su revolución en Cuba. Los acontecimientos de abril de 1961 significaron el último golpe a las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos y el pase de Cuba al campo de los enemigos de Washington, confirmado en los meses siguientes por la construcción de las bases militares soviéticas en territorio de Cuba.

La estrecha colaboración con la Unión Soviética y sus aliados europeos, sobre todo la República Democrática Alemana y Checoslovaquia, en el nivel político, económico y militar, se desarrolló sin problemas hasta la crisis de los misiles, en octubre de 1962, cuando los rusos transportaron cohetes y cabezas nucleares a su base en la parte occidental de la isla. Cuando los diplomáticos estadounidenses presentaron en la ONU las fotografías de la base, los Estados Unidos informaron que sus buques de guerra bloquearían la costa cubana para impedir el acceso de los barcos soviéticos con los cohetes. Durante los días siguientes los EE.UU y la URSS negociaron sobre el asunto, y los expertos en

política internacional esperaban cada hora el comienzo de la guerra nuclear entre las superpotencias. Como desvelaron más tarde los documentos de los archivos del gobierno de Moscú, Castro insistió en la solución militar del conflicto a pesar de saber que Cuba sería el primer objetivo del ataque masivo estadounidense. Sin embargo, el gobierno soviético no invitó a Cuba a participar oficialmente en las negociaciones con los EE.UU., y Castro fue informado sobre los resultados solamente después de la firma del acuerdo. Los buques soviéticos recibieron la orden de regresar a Europa y los rusos abandonaron la idea de la base de cohetes en Viñales. La problemática de la crisis de octubre de 1962 es analizada por Daniele Ganser en gran parte de su libro *Die Kubakrise – UNO ohne Chance. Verdeckte Kriegsführung und das Scheitern der Weltgemeinschaft 1959-1962*, en el que la autora destaca el desinterés de ambas superpotencias en colaborar por la solución de la crisis no solamente con Cuba sino también con la ONU, que quedó fuera de las negociaciones y fue obligada a cumplir con las tareas que le fueron atribuidas por Washington y Moscú.

A pesar de que el convenio entre los EE.UU. y la Unión Soviética, que acabó con la crisis, incluyó la promesa de los Estados Unidos de no atacar Cuba con la intención de derrumbar al régimen castrista, Castro consideró la actitud de la Unión Soviética durante la crisis como demostración de una política no aceptable de la superpotencia hacia un aliado más débil, y las relaciones entre ambos países empeoraron sustancialmente, lo que tuvo sus consecuencias también para las relaciones de Cuba con los vasallos europeos de Moscú. Esta temática atrae naturalmente a todos los biógrafos de Castro, entre ellos a los arriba mencionados o a los autores de las extensas biografías, como son la obra de Volker Skierka, *Fidel Castro: Eine Biographie* o la de Leycester Coltman, *Der wahre Fidel Castro*, los cuales ven en la política reservada de Castro hacia la Unión Soviética después de 1962 no solamente la desilusión del político cubano por la crisis de octubre sino también su crítica de la política poco “dura” de la Unión Soviética en contra de los EE. UU. Cuba se orientó a China, con su vocabulario militar antiimperialista, y empezó con el apoyo abierto a diferentes movimientos anticoloniales en África y a guerrillas en América Latina, considerándolos como una parte del campo de batalla contra su enemigo principal, “el imperialismo estadounidense”. En 1964, uno de los colaboradores más cercanos de Castro, Ernesto Che Guevara, criticó la política moderada de la Unión Soviética frente a los Estados Unidos en la cumbre de los países no alineados en Argelia. La participación cada vez más masiva de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam llevó a Cuba no solamente a ayudar al gobierno comunista de Vietnam del Norte y al Vietcong en el sur del país, sino también a la formulación de la doctrina “Dos, tres... muchos Vietnam”. Guevara viajó a mediados de los sesenta por diferentes regiones de África sondeando las posibilidades de realización de un plan de involucramiento de los Estados Unidos en los conflictos en diversos lugares del globo, que por fin obligaría a esta potencia a retirarse a su propio territorio y desistir de la política activa en el mundo. Finalmente Guevara intentó iniciar la guerrilla en Bolivia, pero su fracaso y muerte en octubre de 1967 indicó el fracaso de la ambiciosa política internacional de Castro, que había culminado en el encuentro de los representantes de setenta países de Asia, África y América en el Congreso Tricontinental de La Habana en 1966.

El estado desastroso de la economía cubana obligó a Castro a cambiar su política y regresar a la colaboración con la Unión Soviética. A pesar de que en enero de 1968 fueron condenados por colaboración con la Unión Soviética Aníbal Escalante y más de

treinta personas que mantuvieron contactos con diplomáticos y ciudadanos de diferentes países del bloque soviético, en el mismo año empezó el proceso de acercamiento entre La Habana y Moscú. En 1972 Castro visitó a sus aliados en Europa Oriental, y unas semanas después de esta visita Cuba entró en el Consejo de la Ayuda Mutua Económica, organización de los países del bloque soviético. Al mismo tiempo Cuba ofreció sus experiencias en la construcción de una nueva sociedad al Chile del presidente Salvador Allende, a cuyo experimento puso fin en septiembre de 1973 la junta militar de Augusto Pinochet. El fracaso del socialismo en el Chile de Allende fortaleció los lazos de Cuba con la Unión Soviética, y después de mediados de los setenta las tropas cubanas sirvieron en África en los lugares donde la Unión Soviética tenía sus intereses y en los que no podía intervenir abiertamente. Éste fue, sobre todo, el caso de Angola, donde lucharon después del derrocamiento del régimen colonial portugués dos alas del movimiento anticolonial, una orientada a la Unión Soviética y otra a los Estados Unidos. La ayuda al ala prosoviética costó a Cuba miles y miles de muertos, y los cubanos empezaron las negociaciones sobre la retirada de Angola a fines de los ochenta. Los últimos soldados cubanos abandonaron Angola en 1991, unos meses después de un proceso sorprendente en la Habana. En junio de 1989 fue detenido en Cuba y acusado de diferentes crímenes —entre otros comercio ilegal con marfil y diamantes durante su estancia en África— el héroe de Angola Armando Ochoa, condenado a muerte y fusilado.

En ese tiempo existía ya una gran tensión entre Cuba y el gobierno de Gorbachov. Castro tuvo poca confianza en la política de la *perestroika* por dos razones: la consideró peligrosa para el sistema y criticó, naturalmente, los recortes de la ayuda económica de la URSS, sobre todo en el abastecimiento de crudo. Castro habló en ese tiempo sobre la posibilidad de la liquidación del socialismo en la Unión Soviética, subrayando su decisión de defender en Cuba este sistema incluso bajo condiciones internacionales distintas. El derrumbe del sistema soviético en Europa a principios de los noventa significó para Cuba la necesidad de búsqueda de nuevos aliados y, sobre todo, de contactos económicos que reemplazasen los viejos lazos con Moscú y otros países de Europa Central y Oriental. Castro intentaba aprovechar el prestigio que tuvo en parte de la sociedad latinoamericana desde fines de los cincuenta por su crítica a los Estados Unidos. A pesar de que perdió parte de esas simpatías debido a su alianza con la Unión Soviética, siempre quedaron muchos que apreciaron su capacidad de resistir tanto tiempo la incesante presión política y económica de Washington. Junto a los países latinoamericanos Castro orientó su atención al África subsahariana, donde mantuvo lazos especialmente con Nelson Mandela.

Gran parte de los especialistas en Castro y su régimen dudaron en la primera mitad de los años noventa que Castro sería capaz de mantener el poder bajo las nuevas condiciones políticas imperantes en el mundo sin la ayuda económica del bloque soviético, que desapareció a principios de esta década. En esos años cayó sustancialmente el producto nacional. Diferentes fuentes estiman la caída en un 35%, lo cual tuvo sus consecuencias para el nivel de la vida y la moral de la población en la isla. Esta segunda esfera —la moral— fue seriamente dañada por las informaciones sobre el estilo de vida de los acusados en el proceso contra Arnaldo Ochoa y Tony La Guardia a fines de los ochenta. En agosto de 1994 pareció que el descontento de parte de la sociedad había alcanzado un grado que podía amenazar al régimen.

En el momento de la inquietud en las calles habaneras, donde ocurrieron motines, se hizo evidente la diferencia entre la situación en Cuba y en los países ex socialistas de

Europa Oriental, la antigua Unión Soviética incluida. En Europa, en una parte de la sociedad había existido descontento con las condiciones políticas y económicas bajo los regímenes comunistas. Este segmento de la población estuvo, no obstante, privado de la posibilidad de emigrar legalmente, y solamente los más descontentos aprovecharon diferentes modos ilegales o eligieron un procedimiento complicadísimo y pésimo de emigrar con el permiso oficial. Los “menos decididos” –cuyo número creció con la incapacidad cada vez más patente de los regímenes de cumplir con sus promesas en la esfera social, económica y política– formaron el amplio círculo no organizado de los simpatizantes de los pequeños grupos de críticos de los regímenes que, a pesar de la persecución policial, de prisiones, campañas difamatorias, etc., siguieron en sus actividades. Los miembros de esta capa “gris” no entraron en conflicto con el poder y ni siquiera manifestaron sus simpatías con las ideas presentadas por el disenso. Leyeron, sin embargo, sus textos, estuvieron de acuerdo con sus conclusiones y propuestas y estuvieron listos para manifestar su postura públicamente en condiciones favorables. Las masas en las plazas de Budapest, Praga, Varsovia o Berlín jugaron un papel importante en las decisiones de los representantes de los partidos comunistas en esta parte del mundo de renunciar a su poder político. Estos regímenes recogieron de esta manera los resultados de su política anterior de privar de la posibilidad de salir de los respectivos países a los grupos que no tenían (o perdieron por diferentes razones) interés por integrarse plenamente al sistema.

También en Cuba existieron grupos de disenso.² También en Cuba el régimen obstaculizó la emigración, pero la Cuba de Castro repetidamente permitió salir a grandes grupos de descontentos, oyentes potenciales de los críticos del régimen y amenaza para la estabilidad del sistema. En los primeros tres años después de la formación del régimen de Castro abandonaron Cuba con permiso oficial más de 200.000 personas, en gran parte capas medias y medias altas criollas –médicos, técnicos, maestros, etc.– que tenían la posibilidad de influir en las opiniones de mucha gente de su entorno. En 1980 surgió la segunda oleada de emigración. Diez mil personas ocuparon la embajada del Perú en la Habana y Castro permitió salir del país no solamente a este grupo sino a todos los que tenían interés por emigrar. El puerto de Mariel fue abierto para los buques y botes que transportaron de Cuba a 125.000 personas. Este éxodo tuvo una composición diferente del primero, repercutió más o menos en la imagen social de la sociedad cubana, pero su importancia para la seguridad del régimen fue la misma.

La tercera y, hasta el momento, última oleada emigratoria está ligada precisamente a la crisis de la primera mitad de los noventa o el “período especial” y a los motines habaneros de agosto de 1994. Cuando los descontentos empezaron a construir en la costa las balsas para irse a Florida, la Administración estatal no intervino, y los balseros abandonaron a miles el país. Este éxodo masivo despertó gran inquietud en los Estados Unidos, donde la migración desde Mariel tuvo consecuencias políticas,³ y el gobierno de Clinton

² Sobre la problemática del disenso desde un ángulo de vista muy especial véase p. ej. Rafael Rojas: *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona: Anagrama 2006. El autor, un historiador cubano exiliado, analiza la búsqueda de “la cubanidad” en diferentes grupos de los intelectuales cubanos en Cuba y fuera de la isla.

³ Cfr. Gastón A. Fernández: *The Mariel Exodus: Twenty Years Later. A Study on the Politics of Stigma and a Research Bibliography*. Miami: Ediciones Universal 2002.

decidió cambiar su política hacia los exiliados cubanos. Rechazó otorgar el permiso de residencia a las personas que alcanzaron el territorio de los Estados Unidos, firmando con el régimen de Castro un convenio sobre la entrega de 20.000 visados cada año para la gente que esperase su documentación en la isla. Para Castro no fue difícil aprovechar el convenio en su crítica de la política cubana de los EE.UU., lo que hizo también en el año 1996 cuando la ley Helms-Burton agudizó la política del bloqueo económico de Cuba por parte de Washington. Washington fue también un argumento en la campaña permanente contra los disidentes cubanos, privados por el éxodo de los balseros de eventuales simpatizantes, señalados como agentes pagados por el imperialismo yanqui. Por otro lado, al fin del milenio Castro intentó mejorar sus relaciones con los países europeos, lo que tuvo su repercusión más visible en la visita del Papa a Cuba en 1998. No obstante, esta política no tuvo una duración larga. Sobre todo el trato a los disidentes influyó durante los primeros años del nuevo milenio en la posición internacional de Cuba. La condena de decenas de disidentes a largos años de prisión en 2003 congeló las relaciones del régimen de Castro con la Unión Europea, considerada hasta este acontecimiento por Castro como un socio correcto y deseado, no solamente comercial sino también en la esfera de la cultura, educación, etc. Informaciones sumamente interesantes sobre las relaciones entre Cuba y la Unión Europea ofrece en sus memorias el ex ministro alemán en La Habana Bernd Wulffen en *Eiszeit in den Tropen. Botschaft bei Fidel Castro* que no incluyen solamente la descripción de los contactos de los diplomáticos con los representantes del Estado sino también con la disidencia y las impresiones de la sociedad que vive en el sistema del “comunismo tropical”.

La razón de esta dura política contra los disidentes –que probablemente no representan una amenaza seria para el régimen por su incapacidad de unirse y ganar de tal manera más respeto del régimen y mayor eco de sus actividades en el público– a pesar de que sus posibilidades eran limitadas por la razón mencionada, queda como pregunta sin respuesta clara. Una de las razones de esta política nueva contra los disidentes puede ser una cierta pérdida de interés por parte de Castro en las buenas relaciones con la Unión Europea, dada por los cambios en América Latina. En 1998 Castro ganó un aliado importante en la región con la victoria de Hugo Chávez en las elecciones presidenciales de Venezuela. Chávez no ocultó su admiración hacia Castro, y unos meses después de asumir el cargo visitó La Habana invitando a Castro a Venezuela. En 2000 fue firmado un convenio entre ambos países, y las entregas de crudo venezolano reemplazaron pronto lo que Cuba perdió en las relaciones limitadas con Rusia (los contactos entre Cuba y Rusia siguieron, no obstante, a pesar de estas limitaciones, como lo demuestra la visita del presidente ruso a Cuba en 2000). Los precios especiales de este crudo, es decir las subvenciones indirectas venezolanas al presupuesto nacional cubano, fueron acompañados con acuerdos en otro campo. En Venezuela trabajaron centenares de médicos, técnicos y maestros cubanos. En 2000 se celebró en América otra asunción presidencial que significó una satisfacción para Castro. En Santiago de Chile llegó a la presidencia el miembro del Partido Socialista Ricardo Lagos, y en los años siguientes alcanzaron los mismos cargos en diferentes países latinoamericanos políticos que rechazaron y siguen rechazando la política cubana de los Estados Unidos. Algunos de ellos, en los últimos meses sobre todo Evo Morales en Bolivia y Daniel Ortega en Nicaragua, forman parte de los admiradores de Castro y de su régimen. En el caso de Ortega no es ninguna sorpresa; Cuba había ayudado abiertamente a los guerrilleros sandinistas a derrocar la dictadura de los Somoza, no solamente sumi-

nistrándoles armas: los cubanos participaron directamente en el territorio nicaragüense en los enfrentamientos con el ejército somozista, y después de la victoria de los sandinistas trabajaron en Nicaragua consejeros cubanos en la policía, el ejército y diferentes ministerios. A pesar de que Castro, sin ninguna duda, perdió entre 1959 y 2006 muchos simpatizantes en América Latina, quedaron todavía muchos admiradores que le consideraron y consideran como un símbolo de la resistencia exitosa contra la presión estadounidense y de la defensa de los intereses de América Latina amenazados no solamente por EE.UU. sino también, en menor medida, por las empresas multinacionales. La ruptura entre los Estados Unidos y Cuba sigue existiendo, lo que significa quizás el fruto más visible y, para los especialistas en la Cuba castrista, el menos controvertido de la política de Fidel Castro. Las relaciones entre ambos países fueron y están, con ciertas excepciones, totalmente congeladas, y en el mundo han existido durante los últimos cincuenta años muy pocos Estados con relaciones tan malas como entre Cuba y EE.UU.

En los principios de su gobierno, Castro ligaba frecuentemente en sus discursos públicos los problemas sociales y económicos de Cuba antes de 1959 con la dependencia de la isla de la economía estadounidense, simbolizada por dos ramas importantes de la economía isleña: la producción de azúcar –o, como la llaman los autores recientes, la industria azucarera–⁴ y el turismo. Castro hablaba en este contexto sobre la necesidad de una nueva política económica⁵ que cambiaría totalmente la forma de la economía del país. La producción de azúcar en Cuba no estuvo originalmente atada a los Estados Unidos, y la mayoría de este producto fue exportada al mercado europeo. La situación empezó, sin embargo, a cambiar en la segunda mitad del siglo XIX y, después de la Guerra de los Diez Años, Cuba no solamente dependió plenamente del mercado estadounidense en la exportación de su producto más importante, sino que las compañías estadounidenses invirtieron mucho dinero en las plantaciones de caña y las centrales de la isla. Los convenios comerciales entre Cuba y Estados Unidos en el siglo XX fortalecieron la dependencia del azúcar cubano que siguió manteniendo la posición extraordinaria de la economía de Cuba en el mercado estadounidense hasta los cincuenta. A pesar de que diferentes economistas criticaron este monocultivo azucarero, la industria azucarera quedó como la más importante rama económica cubana, y la mayoría de la exportación fue orientada a los EE.UU. que garantizaron en los acuerdos comerciales no solamente precios fijos sino también la compra de las cantidades convenidas de antemano en forma de cuotas. Sobre todo en estos hechos estuvo basada la posición de Cuba como el mayor productor de azúcar de caña en el marco mundial.

Sin embargo, la dependencia de Cuba del mercado estadounidense se convirtió ya en 1959 en un arma en manos de los políticos de Washington. Durante la creciente tensión entre el régimen de Castro y los EE.UU. apareció la idea de la presión con la amenaza de la denuncia del convenio azucarero, y en diciembre de 1960 el presidente Eisenhower

⁴ Cfr. José Álvarez y Lázaro Peña Castellanos: *Cuba's Sugar Industry*. Miami: University Press of Florida 2001.

⁵ Sobre la política económica de la Cuba castrista véanse sobre todo los estudios de Carmelo Mesa-Lago. Cfr. p. ej. uno de sus últimos textos: Carmelo Mesa-Lago: "Política y desempeño económicos comparados en modelo de mercado, socialista y mixto: Chile, Cuba y Costa Rica en la segunda mitad del siglo XX", en: *Debate y perspectivas. Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales*, n.º 5, septiembre 2006, pp. 119-176.

cumplió con esta propuesta esperando que Cuba no podría sobrevivir económicamente a este golpe. Castro resolvió, sin embargo, el problema con la ayuda de la Unión Soviética que compró la cuota estadounidense, planeando, no obstante, con esta experiencia romper con la dependencia de Cuba de la industria azucarera. Habló en este contexto repetidamente sobre la necesidad de diversificar la economía del país, pero Cuba no tuvo los recursos necesarios para un cambio tan fundamental. La política económica del régimen –Castro en este tiempo ridiculizó públicamente las leyes económicas rechazando dirigir la economía del Estado socialista según “las leyes del dinero”– llevó a una crisis desastrosa. En el mismo tiempo la Unión Soviética, en situación crítica de suministro de víveres, mostró profundo interés por el azúcar tropical, y Castro no solamente regresó al viejo símbolo de la dependencia sino que formuló planes irreales de superar todos los récords en la producción de azúcar en la isla, lo que Cuba alcanzó en 1970 superando el nivel de 1952 cuando produjo 7,3 millones de toneladas.⁶ Castro obligó no solamente a ampliar los terrenos plantados con caña de azúcar sino también a participar en las zafras a miles y miles de obreros, soldados, estudiantes y burócratas, parando durante estas campañas la producción de otras ramas de la economía cubana sin alcanzar la meta oficial repetidamente anunciada: 10.000.000 de toneladas de azúcar. Los 8,5 millones de toneladas significaron la superación de la zafra de 1952, pero el plan no fue cumplido.

Fracasando en 1970, a pesar de hacer todo lo posible para cumplir con esta promesa, se resignó definitivamente, y los 10 millones de toneladas quedaron como límite en las zafras cubanas nunca alcanzado. Al mismo tiempo, sin embargo, la economía cubana siguió con su dependencia de la industria azucarera. En 1972 Cuba entró en el Consejo de Apoyo Mutuo Económico, basado en las necesidades de la Unión Soviética, y la política de la “división internacional del trabajo” asignó a Cuba suministrar azúcar al “campo socialista”.⁷ Por eso siguió la ampliación del área de plantaciones de caña hasta 1990 sin influir sustancialmente en la cantidad de azúcar producido. Si en 1959 la Unión Soviética importó el 0,5% del azúcar cubano exportado, este porcentaje alcanzó un año más tarde casi el 30%, y en el período siguiente hasta 1990 Moscú compró casi cada año más o menos la mitad de la exportación de azúcar cubano, con mínimas excepciones en algunos años.⁸ Es decir que Cuba estuvo, en cuanto a su exportación de azúcar a la Unión Soviética en este período, en la misma situación que antes de 1959 con los EE.UU., que compraban también más de la mitad de su azúcar destinado a la exportación. También en el caso de la Unión Soviética la compra estuvo basada en cuotas y precios especiales convenidos en acuerdos a largo plazo.

⁶ En la zafra de 1970 cortaron, de tal manera, la caña en casi el 100% de todos los terrenos plantados, a pesar de que, según los expertos en la plantación de caña, el corte en terrenos cañeros superior al 75% del área total de plantaciones amenaza el sistema y baja la productividad en los años siguientes. Las zafras de los años 1971 y 1972 confirmaron las opiniones de los expertos; la zafra de 1972 fue una de las peores en la segunda mitad del siglo.

⁷ De tal manera importaba, p. ej., Checoslovaquia, uno de los grandes importadores de azúcar cubano. Según los especialistas económicos, en primer lugar Cuba fue destinada a ser suministradora de níquel al grupo, teniendo yacimientos de este metal que estaban entre los más ricos del mundo. La construcción de los complejos metalúrgicos duró, sin embargo, tanto tiempo que esta parte del proyecto se realizó solamente en parte.

⁸ En el año 1986 Cuba vendió a la Unión Soviética, p. ej., casi el 60% de su azúcar exportado.

Los cambios durante el período especial no significaron prácticamente ningún cambio en la orientación de la exportación cubana de azúcar. Rusia siguió necesitando grandes cantidades de este producto; sin embargo la producción de azúcar bajó en Cuba sustancialmente y alcanzó, más o menos, el nivel de los años cincuenta, y en este nivel quedó hasta la primera década del nuevo milenio. La razón fue simple, el modo de producción retrocedió al de cuatro décadas atrás, jugando un gran papel la escasez de gasóleo y de fertilizantes en los cañaverales y problemas en las fábricas de azúcar. En la segunda mitad de los noventa, Castro empezó a hablar sobre la necesidad de efectividad económica, con ciertas consecuencias para la industria azucarera a principios del nuevo milenio. En la isla cerraron casi la mitad de las más de cien fábricas de azúcar, lo que bajó un poco los costos de producción no influyendo, sin embargo, sustancialmente en la cantidad de azúcar producido y no cambiando en nada el hecho de que este símbolo de la esclavitud y de la dependencia del capital norteamericano, diciéndolo con las palabras de Castro en los sesenta, quedara también bajo su régimen como la rama más importante de la economía cubana.

Casi la misma trayectoria siguió la otra rama importante de la economía cubana antes de 1959, la industria turística orientada en esa época casi plenamente a la clientela estadounidense. Ya en los años veinte las capas adineradas estadounidenses viajaron durante el invierno no solamente a Florida sino también a Cuba, sobre todo a La Habana, que fue en los treinta la ciudad más visitada por los turistas en todo el Caribe. Los norteamericanos, en ese tiempo, no fueron atraídos a Cuba solamente por su clima agradable; en el tiempo de la Ley Seca llegaron muchos visitantes también para tomar alcohol sin riesgo de caer en manos de la policía. Ya en ese período el turismo llegó a ser la tercera fuente más importante de divisas para Cuba, después del azúcar y el tabaco. Durante los cincuenta creció la importancia del turismo para Cuba; esta rama económica fue, al mismo tiempo, una fuente de recursos financieros y un factor importante en el campo del empleo.

Antes de la caída del régimen de Batista la industria turística llegó a ser el segundo suministrador de divisas extranjeras para Cuba y, por otro lado, también un objeto de crítica por diferentes razones. Muchos cubanos ligaron el turismo con la prostitución, con salas de juego y crimen organizado manejados por la mafia estadounidense. Tomando en cuenta las realidades mencionadas y la decisión del gobierno americano de prohibir a sus ciudadanos viajar a Cuba, no sorprende que bajo el nuevo régimen la industria turística registrase una caída masiva. Uno de los símbolos de principios de los sesenta fue, de tal manera, no solamente la campaña de alfabetización sino también la campaña contra la prostitución, y las “hijas de Fidel” tuvieron, al menos según la propaganda oficial, la posibilidad de ganarse el pan de modo digno. En los sesenta los turistas extranjeros de la isla prácticamente desaparecieron, los complejos construidos para ellos en los cincuenta fueron cerrados o entregados a un destino diferente, y algunos hoteles en construcción fueron abandonados sin terminar los trabajos. Según algunos autores la capacidad de los hoteles bajó en una década a la mitad de su estado en 1959.

La situación empezó a cambiar a mediados de los setenta, a pesar de que en ese tiempo visitaron Cuba menos de diez mil turistas de países capitalistas, en gran parte de Canadá y de Escandinavia. En 1976 el gobierno fundó el Instituto Nacional de Turismo para organizar la industria turística para los cubanos y los visitantes extranjeros, y en 1987 se manifestó el cambio de la política del régimen de Castro en lo que toca al turis-

mo con la constitución de la nueva agencia, Cubanacán, con capital extranjero en forma de *joint venture*. Durante los ochenta el número de turistas extranjeros en Cuba se triplicó, y en 1991 la cantidad de visitantes extranjeros, sobre todo canadienses, alemanes, españoles y latinoamericanos, superó la de los últimos años del régimen de Batista, alcanzando más de 400.000 personas.

En la nueva situación política y, sobre todo, económica de principios de los noventa Cuba buscó un sector económico que le brindase la solución de las dificultades, encontrándolo en el turismo. El gobierno ofreció a diferentes compañías hoteleras y turísticas de España, Francia, Países Bajos, Italia, etc. la posibilidad de formar nuevos *joint ventures* en la isla de una manera específica. Los terrenos para la construcción de hoteles no se entregaban o vendían a las asociaciones, sino que quedaron en manos del régimen y forman parte del aporte de capital que hizo la entidad cubana. De tal manera se formaron más de treinta *joint ventures* que construyeron rápidamente los nuevos hoteles de lujo. Algunos en La Habana, otros en islotes lejos de los lugares poblados, lo que tuvo su razón clara. El régimen intentó de tal manera impedir, sin éxito, la repetición de la situación de los cincuenta, cuando el turismo significó no solamente más dinero para el presupuesto nacional sino también el crecimiento de la prostitución. Las inversiones cubanas en la nueva –¿o vieja?– rama industrial formaron en esta década la quinta parte del total de inversiones del Estado, y la participación del turismo internacional en los ingresos de la balanza de pagos subió desde un 4% a principios de los noventa hasta el 43% a fines de siglo. En la industria turística trabajaron 100.000 personas y otras 200.000 fueron empleados indirectos de esta industria que empleaba, de tal manera, el 10% de la mano de obra de Cuba. En 2000 visitaron la isla 1.774.000 turistas extranjeros, y la importancia de la industria turística creció también en los años siguientes. La demanda de esta industria ofreció nuevas posibilidades a otras ramas de la economía cubana: producción de bebidas y comidas, plantación de frutos tropicales, y también sistemas de climatización, muebles gastronómicos, etc. A mediados de la década llegaron ya más de 2,3 millones de turistas, una quinta parte de ellos de Canadá, seguidos por los italianos, alemanes, franceses, que llevaron divisas por valor de más de dos mil millones de dólares. La industria turística, de tal manera, llegó a ser la segunda –o quizá primera– rama más importante de la economía nacional, dirigida por el Ministerio de Turismo y preferida por las instituciones oficiales.

Quedó sin embargo una sombra. Las organizaciones internacionales que protegen los derechos de las mujeres y de los niños repetidamente criticaron la industria turística de Cuba destacando que, en una parte importante, está basada en el turismo “sexual”, con niños incluidos. No solamente por estas preocupaciones sino también por las críticas hacia el “jineterismo” presentadas públicamente por parte de los representantes del Estado, parece pues que las nietas de las “hijas de Fidel” regresaron a la poco digna profesión –diciéndolo con las palabras de Fidel Castro en las campañas de principios de los sesenta– de sus abuelas.

El otro problema mencionado por Castro y otros portavoces de su régimen en el contexto de la necesidad de los cambios de la sociedad cubana fue el racismo, que tuvo sus raíces ya en la época colonial. El racismo en general tuvo para Castro una dimensión especial. En la guerra propagandística contra su enemigo norteamericano, el jefe del nuevo régimen de Cuba aprovechaba como arma la situación de la población de origen africano de los EE.UU., y el racismo de la sociedad americana. Ya durante su participación en la

asamblea de la ONU en otoño de 1960 –en la fase del empeoramiento de las relaciones entre Cuba y los EE.UU., unos días después de la presentación de la Declaración de La Habana que contenía la condena de la política de los Estados Unidos no solamente hacia Cuba sino hacia toda América Latina y hasta en el mundo–, Castro decidió alojarse con toda la delegación cubana en el Hotel Theresa, en Harlem, atrayendo de tal manera el interés de los radicales afroamericanos críticos de la situación de su etnia en Estados Unidos. En los años siguientes algunos de ellos, p. ej. el representante de los Black Panther Eldridge Cleaver, buscaron asilo en Cuba contribuyendo de esta manera al empeoramiento de las relaciones entre ambos países. Estos militantes, naturalmente, sirvieron a Castro para su propaganda en Cuba, pero el régimen fue finalmente obligado a cambiar su política hacia estos exiliados. Las ideas de estos afroamericanos representaron, sin duda, un peligro para el concepto de la posición de los afrocubanos en la sociedad. Los radicales pidieron para los afroamericanos no solamente la autonomía política sino hasta el derecho de separarse totalmente de la sociedad blanca, subrayando la calidad superior de la cultura africana sobre la mayoritaria, y el régimen castrista estuvo preocupado por la posible influencia de estas ideas en la generación joven de los afrocubanos.

En este contexto merecen atención los cambios reales o imaginarios en la situación de la población afrocubana después de 1959. Todos los textos clásicos sobre el Movimiento del 26 de Julio y sobre la Revolución Cubana subrayan que el movimiento y sus representantes no dedicaron ninguna atención a los problemas raciales de la isla durante todo el período de la guerra contra el régimen de Batista.⁹ Los partidarios de Fidel Castro formaron parte de la capa media blanca, y hasta 1959 los guerrilleros y sus partidarios en las ciudades omitieron en sus declaraciones totalmente la problemática de la desigualdad en la esfera racial, siguiendo de tal manera el ejemplo de Castro que no mencionó el problema en su discurso “La Historia me absolverá”. Sin embargo, casi inmediatamente después de la entrada del ejército rebelde en La Habana, Juan René Bentacourt, fundador de la Organización Nacional de la Rehabilitación Económica, abrió la discusión sobre la desigualdad racial mencionando el hecho de que en la nueva representación del Estado no había miembros de la población de color. Castro incorporó después la problemática de la discriminación racial a los problemas que debía solucionar el gobierno, mencionando especialmente la necesidad de alcanzar esta meta con el mejoramiento de la educación y con la lucha contra el racismo. La inquietud en la sociedad blanca después de la publicación de este programa poco concreto obligó a Castro a modificar la postura ante el racismo: repitió el rechazo de este fenómeno y de la discriminación concluyendo, sin embargo, que la solución no estaba en leyes contra la discriminación, sino en la educación e integración gradual de la población afrocubana en la población mayoritaria. La apertura de las playas y los parques públicos para todos en mayo de 1959 no tocó la segregación en los clubes privados, cerrados, sin embargo, en la primavera de 1960.

Las medidas sociales promulgadas para todos los habitantes de la isla en general tuvieron consecuencias positivas, sobre todo, para los afrocubanos. Teniendo en cuenta

⁹ El resumen de la problemática véase en Aline Helg: “Race and Politics in Cuba”, en: *Contemporary Caribbean Cultures and Societies in a Global Context*, ed. por Franklin W. Knight y Teresita Martínez-Vergene, The University of North Carolina Press, Chapel Hill 2005, pp. 197s. El análisis de esta problemática véase especialmente en Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, Madrid: Editorial Colibrí 2000.

que los éstos pertenecían a las capas sociales bajas, disfrutaron de estas medidas más que la sociedad blanca. De tal manera, aprovecharon la reducción de los precios de los alquileres y la liquidación de los barrios pobres cuyos habitantes fueron mudados a nuevas casas, sobre todo los afrocubanos pobres que fueron, en muchos casos, alojados en las casas de los miembros de las capas altas que salieron de la isla durante la creciente tensión entre Cuba y los Estados Unidos. Los afrocubanos también gozaron en mayor medida que los blancos de los beneficios de la campaña de alfabetización, no habiendo tenido antes de 1959 tantas oportunidades de asistir a las escuelas como los criollos. En un breve lapso de tiempo mejoró pues la situación social de los afrocubanos, y el gobierno anunció a principios de 1962 que la discriminación racial en Cuba había desaparecido.¹⁰

Por otro lado, precisamente en este tiempo empezó la persecución de las sectas religiosas que representaban la herencia de las religiones importadas por los esclavos de África, enriquecidas por la tradición católica española: santería, palo monte y abakuá. Las sectas no fueron perseguidas por su carácter afrocubano sino religioso, incompatible con la ideología marxista del mismo modo que la Iglesia católica, expuesta también a la presión de las autoridades estatales. Curiosamente, los ideólogos del régimen en estos años hablaron sobre las raíces africanas de la cultura cubana, considerando las sublevaciones de esclavos durante la época colonial como una parte de la lucha de Cuba por la independencia. Sin embargo, al mismo tiempo estos ideólogos rechazaron el concepto radical de Walter Carbonell que apreció las tradiciones revolucionarias de los afrocubanos más que las de la sociedad criolla, pidiendo la identificación de la Cuba castrista con la tradición afrocubana. Según algunos autores, el régimen de Cuba regresó a este concepto en una forma menos radical en los noventa subrayando hasta la importancia de los cultos afrocubanos para la formación de la conciencia cubana en los siglos XIX y XX.¹¹

Los años noventa significaron, sin embargo, la confirmación de ciertos temores anteriores y el fin definitivo de la gran ilusión. El paternalismo gubernamental con la liquidación de la discriminación “desde arriba” no llevó automáticamente a la desaparición del racismo en la sociedad cubana. En realidad, la política oficial del régimen desde los sesenta, según la cual la discriminación racial desapareció en la isla con la victoria de la revolución, significó la liquidación de la discusión pública sobre el tema. A pesar de que los cambios después de la caída del régimen de Batista abrieron nuevas posibilidades a la gente de procedencia africana en Cuba, sobre todo en la esfera de la educación y en el acceso a las profesiones, reservadas antes —con ciertas excepciones que solamente confirman la regla— a la gente blanca, quedaron problemas visibles, sobre todo en los momentos críticos para el régimen. La problemática del racismo desapareció de las páginas de la prensa oficial —y otra no existe en la Cuba castrista—, lo cual tuvo en los momentos de la crisis de los noventa consecuencias no esperadas. El esfuerzo del régimen por

¹⁰ Esta opinión tiene su repercusión en el capítulo XI del libro de Pedro Serviat: *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*. La Habana: Editora Política 1986, pp. 156-165.

¹¹ Véase Christine Ayorinde: *Afro-cuban religiosity, revolution, and national identity*. Miami: University Press of Florida 2004. Cfr. también Pedro Pérez-Sarduy/Jean Stubbs: *Afro-Cuban Voices: On Race and Identity in Contemporary Cuba*. Miami: University Press of Florida 2000.

presentar a Cuba como un país sin problemas raciales no significó, en realidad, la desaparición de los prejuicios raciales. Durante la crisis económica y social en el “período especial” aparecieron nuevas manifestaciones del racismo popular, escondido bajo la superficie en la visión oficial de la sociedad nueva. “El silencio oficial sobre la raza contribuyó a la supervivencia, reproducción, e incluso creación de ideologías racistas y estereotipos en una sociedad que, particularmente en los años sesenta, todavía estaba lejos de ser racialmente igualitaria. Lo que desapareció del discurso público encontró un terreno fértil en los espacios privados, donde la raza continuó influyendo las relaciones sociales entre amigos, vecinos, compañeros de trabajo y miembros de la familia”.¹² El régimen de Castro intentó, sin duda, cumplir en la esfera de las relaciones raciales en la isla con el testamento de José Martí. Para éste, la división de la comunidad cubana según el color de la piel significó un peligro para los intereses comunes en el momento de la lucha contra el colonialismo español; para el nacionalismo antiestadounidense de Castro, las tensiones raciales en la sociedad cubana de la segunda mitad del siglo XX significaban la misma amenaza en el ámbito de la “unión del pueblo”. Sin embargo, cuando llegaron momentos críticos para la sociedad de dos colores despertaron los diablos ocultos del racismo y la ilusión sobre la liquidación del racismo desapareció.

Los años noventa y los primeros años del nuevo milenio significaron, sin embargo, la desilusión no solamente para la población afrocubana. Durante la crisis económica aparecieron las dudas sobre los logros del régimen en las esferas consideradas desde los años sesenta como los campos donde Cuba había alcanzado una posición ejemplar para todo el continente, sobre todo en la educación, atención a la salud o distribución del ingreso. El alfabetismo en la mayor parte de los países latinoamericanos tiene hoy día, sin una revolución, el mismo nivel que en Cuba, y el porcentaje de los egresados de las escuelas superiores en algunos Estados supera al de Cuba sustancialmente.¹³ Una imagen semejante ofrece la comparación en el campo de la desnutrición o del nivel promedio de consumo diario de calorías. Si en Costa Rica la desnutrición afecta al 5% de la población y el consumo promedio de calorías diarias alcanza 2.780, las cifras correspondientes para Cuba son 13% y 2.460 respectivamente.

Un capítulo especial lo representa el ámbito de los derechos humanos, donde Cuba, sobre todo en los últimos años, es objeto de las críticas no solamente de los gobiernos de los Estados que antes mantuvieron las posiciones más moderadas (sobre todo algunos países europeos), sino también de diferentes organizaciones no gubernamentales. La desilusión afectó en diferentes tiempos a representantes destacados del régimen. Haydeé Santamaría, un símbolo femenino del régimen cubano después de 1959, se suicidó. Norberto Fuentes, amigo personal de Castro, escritor premiado por la Casa de las Américas, abandonó la isla en 1994 y escribió en el exilio una autobiografía ficticia del jefe supremo cubano. El libro de Norberto Fuentes publicado en la traducción alemana bajo el título *Die Autobiographie des Fidel Castro* no es, naturalmente, ni autobiografía ni biografía basada en el análisis de las fuentes, a pesar de que aprovecha una cantidad de hechos históricos, es un testimonio de una persona íntimamente ligada a los círculos internos de la

¹² Alejandro de la Fuente, *op. cit.*, pp. 441 s.

¹³ Las cifras correspondientes para Cuba, Chile y Costa Rica son 20,8%, 37,5% y 30,0% respectivamente. Para Cuba y Chile cifras de 2000, para Costa Rica de 1994.

Cuba de Fidel Castro. Cuba, desde hace ya casi cincuenta años, es objeto de interés por parte del público en general de América Latina y otras partes del mundo, para los especialistas y los políticos. Una de las razones de este interés es Fidel Castro mismo, persona responsable como ninguno de los políticos de la segunda mitad del siglo XX de los cambios reales o imaginarios de su país.

Bibliografía

- Castro, Fidel/Pérez, Felipe/Dieterich, Heinz: *Kuba nach Fidel Castro. Kann eine Revolution überleben?* Berlin: Kai Homilius Verlag 2006. 176 páginas.
- Coltman, Leycester: *Der wahre Fidel Castro*. Düsseldorf/Zürich: Artemis & Winkler 2005. 464 páginas.
- Fuentes, Norberto: *Die Autobiographie des Fidel Castro*. München: C. H. Beck 2006. 757 páginas.
- Ganser, Daniele: *Die Kubakrise - UNO ohne Chance. Verdeckte Kriegsführung und das Scheitern der Weltgemeinschaft 1959-1962*. Berlin: Kai Homilius Verlag 2007. 250 páginas.
- Gewecke, Frauke: *Die Karibik. Zur Geschichte, Politik und Kultur einer Region*. 3ª ed. actualizada y aumentada. Frankfurt am Main: Vervuert 2007. 286 páginas.
- Gratius, Susanne: *Fidel Castro*. München: Heinrich Hugendubel Verlag 2005. 96 páginas.
- Hagen, Waltraud/Jacobs, Peter: *Fidel Castro. Eine Chronik*. Berlin: Neues Leben Verlag 2006. 188 páginas.
- Jacobs, Peter (ed.): *Wenn ich sterbe, wird es keiner glauben. Anekdoten über Fidel Castro*. Berlin: Eulenspiegel Verlag 2006. 127 páginas.
- Skierka, Volker: *Fidel Castro: Eine Biographie*. Reinbeck: Rowohlt Taschenbuch Verlag 2005. 544 páginas.
- Villa, José de/Neubauer, Jürgen: *Máximo Líder. Fidel Castro. Eine Biographie*. Berlin: Econ 2006. 271 páginas.
- Wulffen, Bernd: *Eiszeit in den Tropen. Botschaft bei Fidel Castro*. Berlin: Ch. Links Verlag 2006. 320 páginas.
- Zeuske, Michael: *Insel der Extreme: Kuba im zwanzigsten Jahrhundert*. Zürich: Rotpunktverlag 2004. 416 páginas.